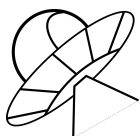


EL ROBOT PERDIDO

ANTES DE LA FIESTA

El robot perdido antes de la fiesta

Un relato por el 10^º aniversario
de la publicación de Último tren a la Tierra



Irene Robles

Primera edición: octubre 2024

©Derechos de edición reservados.

Irene Robles Martínez

www.ireneroblescifi.com

Relato

Ciencia ficción

Edición: Irene Robles Martínez

Imagen de portada: Foto de Jaanus Jagomägi en Unsplash

Diseño de portada: Elena Marcia

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso del editor o del autor. Todos los derechos reservados.

Emily Bales estaba sentada en uno de los asientos de la recepción de los Laboratorios Norte, en la Tierra. Había dejado una carpeta sobre su regazo y tamborileaba con los dedos sobre ella, tratando de alejar su nerviosismo en cada golpe y calmar su agitada respiración. Unos minutos antes había recorrido las instalaciones de los laboratorios en tiempo récord, buscando sin éxito al robot al que le habían encargado una importante tarea. Ahora estaba allí sentada, pero conteniéndose para no reanudar la búsqueda sin su compañero, con el que había quedado para abordar la situación de la mejor manera posible.

¿Por qué había tenido que hacerle caso a Asthon? Sí, sabía por qué. Porque él siempre se inmiscuía en todo lo que tuviera que ver con robots. ¿Por qué ella había tenido esa idea? Porque le había parecido la mejor opción para poder cumplir con sus planes de forma rápida sin descuidar otras tareas en las que quería participar de forma directa. El resultado había sido tener que ceder a sus sugerencias.

Esa misma noche se celebraba la fiesta de aniversario de la puesta en marcha del proyecto que Emily había desarrollado diez años atrás. Tanto ella como April, Asthon y otros compañeros se habían implicado en rememorar este acontecimiento, no solo para promocionar el trabajo que hacían en los laboratorios, por la Tierra y por la ciencia, sino para no dejar caer en el olvido a uno de sus principales promotores, amigo y mentor de muchos de ellos, Sam Dwein.

Habían pasado diez años. Diez años desde que Emily se trasladara a la Tierra para trabajar en el Departamento de Alimentación, siendo todavía muy joven, recién terminados sus estudios en la universidad, pero con mucha ilusión y ganas de trabajar. Diez años desde que el último tren saliera de la estación de Marte y, desgraciadamente, su viaje se convirtiera en un trágico recuerdo que a día de hoy todavía la estremecía. Diez años desde que acabaran las revueltas, las conspiraciones, la desconfianza. Diez años de progreso, de proyectos e ilusión. Pero también diez años sin Sam.

Durante un tiempo, Emily se había resistido a ocupar el despacho del que había sido su jefe, pero especialmente su maestro. Todos sus compañeros la habían animado a hacerlo, y no solo porque fuera la persona más capacitada para ello, según le habían argumentado, sino porque era lo que hubiera querido Sam.

Por todo esto, la fiesta de aniversario tenía un significado especial para ella y quería que todo saliera perfecto. Y para que eso fuera así, todos los invitados deberían haber recibido sus invitaciones a tiempo.

—¡Asthon! —exclamó Emily con energía cuando lo vio aparecer. Había olvidado que llevaba la carpeta encima y, al incorporarse, se le cayó a los pies, esparciendo los papeles que guardaba en su interior. Él se apresuró a llegar hasta su compañera y se agachó para ayudarla a recogerlos—. ¿Lo has encontrado?

Asthon guardó silencio e hizo un gesto con la cabeza, como una media negación, mientras apretaba los labios para intentar no negar también con sus palabras. Sus miradas se encontraron cuando él levantó la cabeza para dejar de prestar atención a los folios y centrarse en ella.

—¿Eso es un no? Por favor, dime algo. Si es que no, buscaré otra solución, o lo intentaré, porque no tenemos mucho tiempo.

—No es eso. Bueno, en parte... Lo que quiero decir es que no lo he encontrado, pero sé que, de alguna manera, sigue en el edificio.

—¿Está aquí? Eso es una buena noticia entonces.

—Sí, supongo que sí. Pero no sé cómo llegar hasta él.

Con la ayuda de su compañero, Emily había conseguido volver a guardar todos los folios en su carpeta y ahora volvían a mirarse a los ojos, pero ya de pie. Sentía cómo el nerviosismo estaba abriendo la puerta a la desesperación e incluso al enfado ante las evasivas de Asthon. A su vez, lo notaba huido y con menos arrogancia de la habitual, quizá porque por una vez había algo referente a sus robots que se escapaba de su control.

—Asthon, sabes que en unas horas empezará la fiesta. Desde que de-

cidimos ponerlo en marcha, he tenido claro que no soy la anfitriona con más experiencia, por eso confié en ti y en tus robots para mandar las invitaciones a tiempo. Ayer, los del catering me pidieron que confirmara el número de asistentes. Yo pensaba que ya estaba hecho, que todos habían dado una respuesta, pero revisando la lista de invitados me di cuenta de que varios no han contestado, y me parecía muy raro que no dijeran nada, tanto si podían venir como si no. Esas invitaciones son las que le dimos a tu pequeño robot de pruebas, ¿la versión DSB 0.4 se llamaba, verdad? El futuro asistente infantil. Por favor, ¿me puedes explicar qué está pasando? Espero que no se te ocurra dejarlo a cargo de ningún niño nunca...

Asthon inclinó la cabeza hacia un lado y mostró una media sonrisa. Con los años, la relación entre Asthon y Emily había evolucionado: el trato cordial y distante de los primeros meses había dado pie a conversaciones variadas, livianas y profundas, bromas, alguna que otra confidencia. Se podía decir que además de compañeros de trabajo, se habían convertido en amigos. Ambos sentían que podían hablar con el otro en total confianza, aunque en lo laboral a veces mantuvieran las investigaciones o descubrimientos de sus respectivos campos en secreto hasta que se pudieran hacer públicos. Los dos respetaban y compartían ese compromiso profesional. En ese momento, algo le decía a Emily que Asthon, aunque quisiera, quizá no debía decir nada más. Sin embargo, con el tiempo, él había ideado y utilizado una fórmula que ella entendía y que, entre ellos, significaba compartir y olvidar.

—Em, vamos. Te invito a un café.

—¿Realmente te parece un buen momento?

—Lo que me parece es que necesitas un respiro.

Emily imitó la media sonrisa de su compañero y, en silencio, se dirigieron a la cafetería de la primera planta. En ese lugar, diez años atrás, fue donde habían hablado por primera vez. En ese tiempo habían vuelto allí en muchas ocasiones. Solían ocupar los sillones del fondo de la sala, cerca de la televisión, ya que les otorgaba cierta privacidad. Muchas veces iban a hablar allí también de trabajo y era dónde se

sentían más cómodos, ya que en la barra o en las mesas había más trasiego de trabajadores que iban y venían, se tomaban un breve descanso y se marchaban.

—¿Lo de siempre? —Preguntó Asthon.

—No, no, nada de café. Mejor algo que me relaje un poco.

Tras acercarse a la barra y hacer el pedido, Asthon volvió junto a Emily. Intentó disimular la sonrisa que inevitablemente le provocaba el estado de nerviosismo de su compañera. Las mejillas coloradas, el movimiento de las puntas de los pies contra el suelo, el mechón de pelo suelto. Admiraba esa implicación en todo lo que hacía, especialmente en lo que estaba relacionado con las personas que más le importaban.

—¿Me puedes decir ya qué es lo que está pasando? ¿Dónde está tu robot?

—Está bien, voy al grano: el robot está en el futuro.

La expresión de Emily permaneció invariable durante los primeros segundos. Asthon levantó las cejas y se quedó en silencio, esperando la reacción de su compañera.

—¿Me estás tomando el pelo? —Preguntó seriamente—. ¿Te parece un buen momento para gastar bromas? No sé si sabes realmente...

—Emily —la interrumpió—, lo siento, no sabías nada de esto. Realmente yo tampoco sé mucho, algo comentó Sam alguna vez, de pasada, hace mucho tiempo, nunca me interesé demasiado, la verdad. Aunque es algo asombroso. La cuestión es que he podido localizar al robot, y su ubicación es la de tu despacho, osea, la del antiguo despacho de Sam. Imagino que ahí también has buscado y evidentemente no lo has encontrado. La señal es confusa, clara, pero intermitente a la vez, como la teoría del gato de Schrödinger que está vivo y muerto a la vez, pues el robot está y no está a la vez... Sospecho que debe haber algún portal oculto que, no sé cómo, el robot ha utilizado para, no sé, esconderse, huir...

—O entregar una invitación —dijo Emily completando la frase y comprendiendo algo que hasta el momento se le había pasado por alto. Por la cara de Asthon, ahora era él quién estaba totalmente confuso.

Mientras el robot camarero dejaba sobre la mesa las bebidas, Emily abrió su carpeta y rebuscó entre el montón de folios que ahora estaban desordenados. Localizó la lista de invitados que le habían entregado a DSB 0.4 y empezó a seguir los nombres con el dedo índice.

—Aquí está: Danielle Erlain, la dirección me pareció rarísima. El número 2672, planta 16, Departamento de Comunicaciones, Isla de Ali, Alquilia. ¿Cómo no me di cuenta antes? Lo leí de pasada, y no le di más importancia, había visto tantos nombres y números, pero no hay calle, ni ciudad...

—¿Quién es? ¿Y dónde esta Alquilia? ¿Será una isla privada? No me suena.

—No lo sé, no conozco a Danielle. Saqué un montón de contactos de la agenda de Sam, revisé aquellos nombres con los que parecía haber tenido más relación en los últimos tiempos, algunas personalidades relevantes, algún político, algún amigo. Si lo que dices es cierto, esta numeración no tiene por qué ser el número de la calle, sino el año. El año 2672. Es posible que tu robot sí que haya hecho bien su trabajo y haya ido a buscarla para entregarle la invitación en mano. ¿De qué otra forma si no?

—Deberías confiar un poquito más en mí y en mis robots, Em. ¿Cuándo te hemos fallado en realidad?

—Todavía me queda una duda. ¿Cómo ha sabido tu robot cómo encontrarla? ¿Cómo sabía que hay un portal en el despacho de Sam?

—Bueno, se me ocurre algo. Como ya sabes, Sam fue el primer humanoide. Él y yo trabajamos mucho tiempo juntos tratando de mejorar las prótesis y avanzar en un campo todavía poco explorado. Después de su muerte seguí investigando, haciendo pruebas y utilizando material que él había descartado o que se le había quedado obsoleto. Hay restos de esos materiales que he utilizado en el desarrollo de la serie DSB... Quizá quede algo de Sam en ellos y mi robot, de alguna forma, lo ha utilizado en su beneficio, para cumplir su misión.

—Vaya. Si es así, entonces has hecho un gran trabajo, aunque no tuvieras ni idea de que eso podía pasar —culminó Emily la frase para fastidiar a su amigo.

—Pero, ¿a que has alucinado? He resuelto el misterio antes de que te terminaras de beber el té.

—Hemos —remarcó ella—. Lo hemos resuelto entre los dos. Pero no cantemos victoria aún. Primero vamos a buscar a tu pequeño robot perdido.

En el actual despacho de Emily, y anteriormente despacho de Sam, había un armario archivador que siempre había pasado desapercibido. Se encontraba junto a la televisión, frente al ventanal de cortinas azuladas, cuya luz y vistas siempre habían fascinado a Emily. Su color gris claro nunca había pretendido llamar la atención y en su interior había carpetas de antiguos estudios, revistas y objetos personales que habían pertenecido a Sam. En el estante más bajo había una caja en la que Emily tan solo había hurgado dos veces: tras la muerte de Sam, para descubrir lo que había y determinar qué podía guardar y qué podía tirar, aunque realmente nunca tiró nada por respeto y porque intuía que Sam habría tenido algún motivo para guardar todo aquello; y unas semanas atrás, para revisar la agenda y hacer la lista de invitados para la fiesta de aniversario. Ahora mismo se encontraba rebuscando en su interior por tercera vez, por si lograba encontrar algo que les dijera a Asthon y a ella cómo abrir el portal temporal que habían dado por hecho que se encontraba oculto en el armario. En la caja tan solo se encontraba la agenda que Emily ya conocía, algunas piezas metálicas, un tarro de cristal con una sustancia sólida que parecía un mineral de color azul brillante, unas pilas, un folleto de publicidad de una empresa llamada Imperialnet y un ejemplar de la primera edición del *Libro de Especies Verdes de Ali*, que parecía un manual de botánica. Objetos totalmente inconexos en su opinión.

Los archivadores, todos también en color gris, llevaban una pegatina en el lomo con el nombre de los estudios y la fecha, nada que Emily tuviera intención o tiempo de revisar en ese momento. Mientras ella permanecía agachada revisando la caja, Asthon se había dedicado a ob-

servar la estantería repleta de libros que Emily había colocado detrás de su escritorio al instalarse allí. Todos eran libros suyos, de su etapa de estudiante o de su colección personal, ya que los que eran propiedad de los laboratorios debían estar en la biblioteca a disposición de todos. —Em, mira eso —señaló en dirección al armario cuando se dio la vuelta—. Esa carpeta no es del mismo color que las demás.

Emily se levantó y, efectivamente, la primera carpeta de la derecha del segundo estante era de color azul oscuro, y no negra como las otras. Un sutil detalle que Asthon había detectado. Además, la pegatina solo llevaba un número, a diferencia de las demás: 2672.

—Bingo —exclamó Asthon acercándose y cogiendo la carpeta para sacarla de su sitio.

Sin embargo, antes de que eso ocurriera, se escuchó un sonido breve, un resorte, y el tercer cajón del escritorio se abrió solo. La carpeta volvió a su posición original y ambos se acercaron corriendo a la mesa. Dentro del cajón estaba el pequeño robot atascado con la cabeza, el tronco y las extremidades superiores perdidas en una infinidad de hilos de colores, cuyo fin no se podía ver desde donde se encontraban —esos tonos intensos y brillantes recordaron a Emily a las auroras boreales que de vez en cuando se observaban en el cielo nocturno, un espectáculo natural maravilloso—; la otra mitad del cuerpo, el trasero y las piernas, sobresalían enganchadas a la parte superior del cajón por la riñonera que Emily le había colocado unos días antes, donde guardaba las invitaciones.

—¿No se te había ocurrido mirar aquí antes? —preguntó Asthon con un tono entre sorpresa e indignación—. ¿En tu propio escritorio?

—Ese cajón siempre ha estado cerrado y nunca encontré las llaves. Ahora sé que es porque no existen y la llave es una carpeta en el armario. ¿Cómo se me iba a ocurrir que tu robot podría estar ahí?

—Mi pequeño robot —decía Asthon cogiéndolo cuidadosamente de la cintura e intentando sacarlo sin provocarle demasiados daños.

—¡Esperad! ¡No toquéis nada!

Una voz como de ultratumba, o quizá más bien de ultratiempo, resonó a través del cajón. Los dos pegaron un brinco del susto y miraron en todas direcciones, para después mirarse el uno al otro y confirmar en sus caras que ambos lo habían escuchado.

—Lo siento, no quería asustaros. Soy Danielle Erlain, creo que me habéis estado buscando. Vosotros debéis de ser Emily y Asthon, me alegro de conocerlos al fin, aunque sea en estas circunstancias. Sam me habló de vosotros.

—Eh... Sí, encantada.

—Hola, Danielle. ¿Puedes explicarnos qué ha pasado y por qué no puedo recuperar a mi robot? —Asthon había utilizado ese tono borde tan característico que solía usar con los desconocidos.

—Por supuesto. Como habréis deducido, este cajón es un portal temporal, es uno de los doce portales privados homologados por el Departamento de Comunicaciones en mi tiempo hasta la fecha. Sam Dwein y yo lo compartíamos por motivos profesionales, aunque no puedo negar que también nos unió una gran amistad. Aunque tarde, os doy el pésame por su pérdida. Este portal, a diferencia de otros, es un buzón temporal, lo que significa que solo pueden viajar objetos de pequeño tamaño como cartas, sobres o algunos paquetes de ciertas dimensiones. Tu robot, que quiso cumplir con su tarea al pie de la letra, parece que se empeñó en entregarme una carta en mano, en lugar de simplemente marcar la fecha en un teclado que hay en un lateral del interior del cajón y lanzarla a través del portal. Comprendo que en vuestro tiempo los portales temporales no son algo de conocimiento común, por lo que los robots no incluyen este tipo de información en su programación. Y este realmente ha sido muy listo para llegar a encontrar y abrir el portal. Llevamos unos días intentando solucionar el colapso en la red, que por suerte no ha sido de gran envergadura ya que es un buzón que llevaba una década inoperativo y que utilizábamos de forma privada en contadas ocasiones. No hay más usuarios afectados, pero aún así debe estar activo y desde este lado estamos muy lejos para alcanzar al robot y liberarlo del enredo temporal.

—¿Cómo podemos ayudar? —preguntó Emily con impaciencia. Había abierto la cremallera de la riñonera y en su interior quedaban bastantes

invitaciones que sus destinatarios no habían recibido todavía.

—Vais a tener que desmontar a vuestro robotito para poder desenchajarlo. Nosotros desde aquí, lo único que podemos hacer es restablecer la red en cuanto esté despejada.

—¿En serio? ¿Eso es lo único que se puede hacer? Quizá si estiro un poco de aquí —intentó Asthon cogiendo al robot de los pies.

—¡No! —gritaron Emily y Danielle al mismo tiempo. Asthon se detuvo al instante.

—Hay que hacerlo con cuidado —explicaba Danielle al otro lado del tiempo—, no sabemos si se ha enganchado en uno o varios hilos, y si alguno se rompiera podría tener graves consecuencias.

—¿No has dicho que este portal era privado y solo lo usabais vosotros dos?

—Y así es, pero todo está conectado.

—Asthon, ¿este no era tu robot de prueba? —Preguntó Emily—. Sorprendentemente ha descubierto algo insólito y nuevo para nosotros y no podemos arriesgarnos a destruirlo. Si lo desmontas, seguro que podrás volver a hacer uno igual, o incluso mejor.

Aunque a regañadientes, finalmente Asthon accedió y fue a buscar las herramientas necesarias para desmontar al robot de la forma más limpia posible. Entre los dos recuperaron al pequeño androide, que se había quedado sin batería intentando salir del enredo y tenía rozaduras en la parte posterior de la cabeza y en la espalda, de haber querido entrar por una zona demasiado estrecha para él. Emily miraba con tristeza en las invitaciones los nombres de las personas que no podrían acudir a la celebración por no haber sido avisadas con tiempo.

—Muchas gracias, chicos. En breve todo habrá vuelto a la normalidad, como si no hubiera pasado nada.

—Como si no hubiera pasado nada, dice... —murmuró Asthon hurgando en la placa base que actuaba como cerebro del robot.

—Gracias a ti, Danielle. Sentimos las molestias que os hemos causado. Aunque ahora no lo parezca, mi compañero opina lo mismo.

—No os preocupéis, ya está arreglado y al menos nos ha permitido conocernos.

—¿Te importa que pruebe si ya funciona el portal? Sé que es tarde, pero me gustaría que tuvieras tu invitación.

—Claro, probemos.

Dentro del cajón ahora se podían observar cientos de diminutos hilos de diferentes colores refulgentes, rectos con alguna ondulación esporádica, como si una corriente fluyera por ellos, que se perdían al fondo del cajón, más allá del tablón del escritorio en el que terminaba el mueble. Emily se asomó y a lo lejos le pareció ver una diminuta figura, un rostro iluminado por el túnel del tiempo. Allí estaba Danielle. Tal y como había explicado, colocó la carta sobre los hilos y la dejó caer. Esta se deslizó suavemente y desapareció.

—La tengo —confirmó.

Danielle abrió la carta y leyó la invitación.

—Muchas gracias por contar conmigo. Me hubiera encantado estar allí con vosotros, pero me resulta algo difícil llegar. Si este portal fuera más grande. . .

—¿No hay más portales que puedas utilizar? ¿Alguno cerca de aquí?

—Preguntó Asthon, que ya estaba más tranquilo al comprobar que los daños del robot solo habían sido superficiales y podría aprovechar lo ocurrido para hacer una versión mejor.

—En la Tierra, todavía no. Habrá otro disponible en la vieja Europa próximamente. . .

—Entonces, ¿quieres decir que para nosotros todavía no está disponible pero para ti sí? —Quiso saber Emily.

—Algo así.

—Qué interesante...

—Qué se le va a hacer, lástima que solo nos separen algo más de trescientos años —comentó Asthon.

—Entonces —empezó a decir Emily a la vez que en su cabeza nacía una idea—, ¿hay alguna posibilidad de que tú, desde tu posición en el tiempo, puedas enviar estas invitaciones? Para que lleguen a su destino cuando debían haber llegado, ya sabes, enviarlas al pasado. . .

—Pues, depende de a quién, a dónde y a qué año estén dirigidas y si

hay portales cercanos, pero puedo intentarlo.

—Nos harías un gran favor —pidió Emily mirando su reloj—. ¿Qué te parece, Asthon? Como último recurso...

Él se encogió de hombros:

—¿Por qué no?

Emily lanzó el resto de invitaciones por el portal y cruzó los dedos para que Danielle pudiera hacerlas llegar a todos, o al menos a la mayor parte de los invitados. Agradecieron que les hiciera ese favor y, sabiendo ahora la forma en la que podrían comunicarse, quedaron en que lo harían con más frecuencia. Asthon se llevó al pequeño robot al taller y Emily se quedó en su despacho para terminar de organizar lo que quedaba pendiente para esa noche.

Los Laboratorios Norte lucían de fiesta como nunca antes. El edificio principal estaba cerrado, el evento se había situado en los alrededores. Se había colocado iluminación por todo el jardín, con guirnaldas y farolillos de colores, se habían montado varias carpas con una zona para que el servicio de catering fuera sirviendo la cena a los asistentes, colocados en mesas redondas distribuidas frente a los invernaderos, reconstruidos tiempo atrás tras el fatal accidente. En el lateral de uno de ellos se había instalado una tarima con un pequeño atril y un micro para los discursos y posterior animación musical de la orquesta contratada. Emily y Asthon estaban recibiendo a los invitados bajo un arco de madera blanca decorado con luces y flores de cerezo color rosa claro, dándoles la bienvenida. Finalmente tan solo faltó un pequeño porcentaje, quienes no pudieron acudir por diferentes motivos, y no porque no hubieran sido convenientemente informados. Para tranquilidad de Emily, Danielle había sido muy eficiente en cuanto a sus gestiones temporales, tanto que el servicio de catering había sido informado por la propia Emily días atrás sobre el número final de comensales. Esto era algo que le había dado escalofríos conocer, puesto que no recordaba

que eso hubiera sucedido, al no haber sido ella misma, sino la Emily del pasado, de alguna forma, la que lo había hecho.

—Enhorabuena, chicos —felicitó April Petrus apareciendo a sus espaldas. La antigua tutora de Emily llevaba una copa en la mano y las mejillas sonrojadas.

—Ha sido pan comido —comentó Asthon guiñándole un ojo a Emily.

—Gracias, April.

—Voy a buscar mi mesa, os veo luego.

En la lista de invitados, que habían ido llegando minutos antes de la hora de la convocatoria, tan solo faltaban cuatro nombres por tachar. A lo lejos, una niña se acercaba a ellos corriendo y con los brazos por delante.

—¡Tía Emily!

—¡Anna! —la imitó ella, agachándose para cogerla en brazos en cuanto llegó a su lado.

Algo más rezagados y sin la misma euforia de la pequeña de cuatro años, llegaron Susan, la hermana mayor de Emily, Josh, su marido, y Aura, su sobrina mayor, de siete años. Se saludaron entre todos y Asthon tachó sus nombres de la lista que Emily le había pasado para poder recibir a la niña.

—Ya pensaba que no llegabais —comentó Emily—. El discurso de apertura está a punto de comenzar y la cena enseguida empezará a servirse.

—Ya lo sé, es que Anna no sabía qué ponerse. Se ha cambiado de vestido tres veces.

—Mira, tía, ¿te gusta?

—Claro que sí, estás guapísima. Vuestra mesa es la número 8, busca el número y ya os podéis sentar. Yo estaré con vosotros dentro de un rato.

—¡Vale!

—¿Ni siquiera hoy piensas dejar de trabajar, Emily? —preguntó Josh al pasar por su lado.

—Bueno... Hoy es un día especial.

Asthon y Emily se quedaron solos bajo el arco de flores. Ella había recuperado la carpeta con la lista de invitados y demás programación del evento, colocó en último lugar la primera hoja, dejando delante lo que venía a continuación: el discurso de apertura a cargo de Suzanne Robbins, alto cargo del Consejo Central.

—Al final todo ha salido bien, Em.

—Sí, no sabes cuánto me alegro. Quería darte las gracias, aunque tu robot se perdiera y casi deja la fiesta medio vacía, agradezco mucho tu ayuda.

—Ya, en realidad sabes que sin mí, tú sí que estarías perdida.

Asthon arrugó la nariz, a modo de burla, y Emily puso los ojos en blanco.

—Además, incluso tanto tiempo después, hemos llegado a descubrir cosas de Sam que no conocíamos. ¡Tenía un portal temporal en un cajón!

—Supongo que siempre quedará algo de misterio en él...

Ambos se miraron y sonrieron con nostalgia. Asthon levantó su brazo derecho, con el puño cerrado hacia el pecho y el codo hacia Emily, se lo ofreció para que se agarrara y pudieran irse a su mesa.

—¿Cenamos, señorita Bales?

Ella asintió y, cogiéndole del brazo, se dirigieron juntos a la fiesta.

Sobre la autora

Irene Robles. Alicante, 1992. Ha escrito y autoeditado varias obras: *Último tren a la Tierra* (2014), *La noche perpetua* (2015) y *Piel metálica* (2017), novelas de género sci-fi. También ha publicado *La tierra prometida* (2019), un relato postapocalíptico con ilustraciones, y *Trans XYQ* (2021, Apache Libros), una novela juvenil de ciencia ficción que trata la identidad.

Verde, el mal tiene muchas formas (2018) fue su primer relato de terror y fantasía paranormal, género con el que continúa tímidamente con el relato *Catmaniac* (2024). En digital también ha publicado la saga *Nosotros llegamos primero* (2020), *En el espacio nadie puede oír tus villancicos* (2020) y *Siesta total* (2022), relatos space opera con una tripulación muy peculiar y en los que homenajea a obras muy conocidas de este género. El cuento distópico *Matrícula de amor* (2021) ha sido publicado en la revista Opportunity. Todas estas obras están disponibles en la plataforma digital Lektu.

Fue seleccionada para la antología de relatos de ciencia ficción *Alucinadas III* en 2017 con el cuento *Realidad 10.4.2* y para la publicación *Visiones 2019* de la AEFCFT con el relato *La paradoja de Lightmoon*, libro en homenaje al escritor Isaac Asimov. Ganó el 1er premio en el Concurso de Microrrelatos de terror convocado a través de Twitter por Hela Ediciones (2020).

Sus historias plantean posibles futuros, realidades alternativas, crean mundos y entornos espaciales con avances técnicos y destacan la interacción de humanos con otras formas de vida, por eso la llaman La chica del espacio.

Contacto: www.ireneroblescifi.com